

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónicas J.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: FEBU 1637

Valores y giro a A. Barrera

De la crítica a la ley

Después de un breve período de agitación, forzado por los acontecimientos y obligado a defenderse del zarpaço oficial, el proletariado de este país sostuvo una huelga general contra la ley de jubilaciones. La protesta no llenó los objetivos perseguidos; no tan sólo porque no pudo obligar al gobierno a desistir de sus propósitos, sino también porque ni siquiera dejó en pie el problema que esa nueva legislación "obrerista" planteaba a la clase trabajadora organizada.

La mayoría del proletariado, sin excluir una gran parte de los anarquistas, militantes en el movimiento obrero, no interpretó el problema moral que para el futuro de las organizaciones obreras revolucionarias, planteaba la ley de jubilaciones. Obligados a generalizar y a basar nuestra crítica en la objetividad de la ley, forzados por los acontecimientos a presentar la lucha contra el Estado dirigiendo el ataque de los trabajadores al factor económico, no pudimos desde el primer momento enfocar la cuestión del punto de vista revolucionario.

Para la masa obrera, la ley ofrecía un aspecto odioso: el descuento sobre los salarios. Y fué menester iniciar la campaña de agitación presentando a los ojos de la clase trabajadora el expolio sancionado por el gobierno y la engaño de una jubilación previamente robada al sudor del asalariado. Sobre esa base puramente económica la crítica anarquista dió excelentes resultados durante la agitación que sirvió de prólogo a la huelga general. Pero faltó espíritu crítico en la mayoría de los compañeros, que no comprendieron que una cosa era la propaganda y la acción popular contra el robo legislativo y otra muy distinta la resistencia anarquista a la ley.

Lo importante no hubiera estado en lograr poner en movimiento todas las fuerzas populares para resistir la aplicación de los descuentos, sino en definir nuestra posición contra la resistida ley. ¿Hemos logrado ese objetivo? Fracasada la huelga general en lo que representaba como exponente de la resistencia del proletariado, el gobierno deja en vigencia la ley de jubilaciones, prometiendo gestionar algunas reformas en el Parlamento. Y esa sanción del Estado no puede ser combatida con resistencias aisladas, máxime cuando ahora se enfoca el problema teniendo únicamente en cuenta el factor económico, con olvido precisamente de los verdaderos objetivos de la crítica anarquista.

El movimiento de resistencia que algunos gremios mantienen para

obligar a los patrones a no efectuar los descuentos para las Cajas de jubilación, tiende a ofrecer al gobierno, en sentido inverso, soluciones que no pudo encontrar con la aplicación directa de la ley. Y los militantes anarquistas, al plantear en el terreno económico la lucha contra un aspecto de la ley — la exacción sobre los salarios —, no hacen otra cosa que secundar la política reformista del sindicalismo criollo y contribuir

vida a la huelga general y hasta esa medida de fuerza no sería necesaria como exponente del repudio que a los trabajadores les merece la ganga legislativa. Esa derivación reformista, querida y buscada por la U. S. A., desvirtúa el problema y niega el esfuerzo de las minorías revolucionarias. ¡Podemos los anarquistas reducir nuestra acción a combatir los descuentos, cuando sabemos que la ley queda en pie ya paguen los patro-

Mi-careme



— Y luego dirán los agitadores que aquí no se vive bien... y que hay miseria

a la definitiva promulgación del último decreto del gobierno. Por eso hemos dicho al principio que, fracasada la huelga general, no sólo quedó en pie la ley, sino que también van desapareciendo los aspectos que la hacen más odiosa y ofrecen un blanco más seguro para nuestra crítica y para la futura resistencia del proletariado.

Para llegar a la conclusión de que todo estriba hoy en oponerse a los descuentos y obligar por ese medio a los patrones a resistir la aplicación de la ley, nos hubiéramos evitado mantener la agitación que dió

los aportes íntegros o descuenten el 5 por ciento sobre el salario de los obreros?

Los socialistas calificaron de "mala" la ley de jubilaciones porque no se avenía a sus prácticas políticas y no era la hechura de sus parlamentarios. Por eso hicieron una cuestión de jubilación y de seguro social, que en el fondo son idéntica cosa. No declaró el partido socialista, desde su órgano periodístico, que se oponía a la "mala" ley porque adolecía de muchos defectos y no porque fueran contrarios a la oficialización y reglamentación del retiro y del seguro a la invalidez y a la vejez?

Para los dirigentes de la U. S. A. reformistas apolíticos, la ley es "mala" mientras imponga el descuento al salario. En consecuencia, no han sostenido su parodia de huelga general para obligar al gobierno a derogar la ley de jubilaciones, sino simplemente para pedirle la reforma en la parte que afectaba a los intereses inmediatos del proletariado. El mensaje dirigido al P. E. por el Comité Central de la U. S. A. especifica claramente la opinión reformista del mismo: A la vez que se reclamaba la supresión temporaria de la ley, hasta que las Cámaras aprobaran las reformas propuestas por el gobierno, se adelantaba el ofrecimiento de una colaboración de las organizaciones obreras. Este criterio predominó en los actos posteriores de los dirigentes de la U. S. A., determinando el cambio de frente en los gremios que plantearon la lucha contra la jubilación en su faz puramente económica.

Por efecto de esa desviación de la lucha contra la ley, una parte del proletariado acepta pasivamente los descuentos, mientras que otra se resiste a ese expolio. Por espíritu de lucha y porque supone una humillación volver al trabajo aceptando los aportes, algunos gremios de la F. O. R. A. mantienen la resistencia a los patrones, sin darse cuenta los compañeros que así orientan su acción que hacen el juego al reformismo de la U. S. A. y contribuyen a tergiversar el móvil de la crítica anarquista contra la ley de jubilaciones.

Debe comprenderse que la sanción de la ley no depende de los patrones. Es más: el capitalista, por mezquinos intereses, que no van más allá de su bolsillo, resiste la aplicación de la ley — pese a sus declaraciones de acatamiento a todas las leyes del Estado y a la autoridad del gobierno — alegando que son los trabajadores quienes con su resistencia, los colocan en tan duro trance. Y esa es, si no existieran otras causas de orden moral, la lección de hechos que debiera determinarnos a dejar a un lado el factor económico para definir nuestra crítica y nuestra acción futura contra la ley de jubilaciones.

Debemos esforzarnos en rechazar las angustiones reformistas que prevalecen en la mentalidad de la masa obrera. No obremos con criterio de clase para combatir una ley — aun cuando, como en el caso presente, involucra una cuestión económica que exige perentoria solución — ya que la crítica anarquista contra las leyes no debe perder sus objetivos éticos y sociales. Lo contrario sería repetir con otras palabras, el juego reformista de los jefes y orientadores de la U. S. A. y traicionar los ideales y los fines de la revolución.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

IV

El comunismo voluntario y extra estatista de Robert Owen y de sus camaradas, sin verdadera experiencia para sus arreglos interiores, podía ser realizado de manera muy diversa, libertaria o autoritaria, intolerablemente opresiva. De ahí dos caminos posibles, — el uno fué el aprendizaje de la libertad en ese medio mismo, experiencia ganada gradualmente, lo que se hizo por ejemplo en la *Colección Ocellita* del doctor Rossi en el Brasil — hablare de ella más adelante — el otro camino fué el volver la espalda a toda comunidad y tratar de realizar el individuo puro; ese camino fué elegido por primera vez con brillantes por el americano Josiah Warren, el primer anarquista individualista de que tenemos noticia.

Warren nació en 1798 en Boston, Mass. de vieja casa puritana. Fué un hombre de facultades mecánicas y también inventivas (en la tipografía) muy variadas, que estableció en principio que se podía aprender muy fácilmente no importa qué oficio y cambiar pronto un oficio por otro. Todo eso ha debido darle un sentimiento de grande independencia, inclinado a innovar como los pioneros de esos días; salió de su tierra haciéndose miembro de la colonia New Harmony en 1825; se apartó desilusionado del comunismo en 1827 y ya en mayo de ese año fundó su primer *Equity store*, almacén equitativo, que el público llamaba *Time store*, almacén a la hora, puesto que según su principio fundamental de que el precio sería determinado por los gastos, no añadía al precio de una mercadería vendida más que el precio del tiempo que le había exigido su manipulación y venta.

Tomó de una de sus *Cartas periódicas sobre los principios de el progreso del movimiento de equidad*, vol. III, Nr. 3, Boston, julio de 1836, lo que cuenta sobre el origen de sus ideas: es el relato de los primeros pasos del movimiento individualista anarquista:

"En 1825 — dice — el autor, con unos 600 personas aproximadamente, se fué a New Harmony, Indiana, con Robert Owen, para ayudar a la reconstrucción de la sociedad según el plan de la propiedad común propuesta por Owen. Teníamos más de un millón de dólares a nuestra disposición, 28 mil acres de muy buen terreno, dos bibliotecas de las cuales cada una costaba treinta mil dólares y series enteras de cables y de aparatos; con todo eso el entusiasmo más abnegado y una determinación honesta entre los jefes tanto como entre los adeptos: pero estabamos en proporción al interés de cada uno en el éxito de la empresa, toda diferencia natural de opiniones y de miras fué considerada como un obstáculo y como un accidente. Se predijó la cordura, las concesiones y la paciencia hasta agotarse y la primera organización fracasó, se puso otra en su lugar, pero fracasó igualmente; se establecieron organizaciones modificadas de diferente modo que no duraron más de dos o tres meses — y se produjo de nuevo el caos. Las diferencias de opiniones, de miras, de gastos y de fines persiguieron dos períodos consecutivos, justamente, en proporción a la uniformidad que se impusieron. Durante dos años se pasó de ese modo; al fin de ese plazo no había más de tres personas, tres ya, que conservaban la mejor esperanza de éxito. La mayoría de los experimentadores abandonaron la colonia sin fe en reformar alguna y los conservadores creyeron haber ganado la causa. Ensayamos toda forma posible de organización y de gobierno. Tuvimos un mundo en miniatura — hablamos jugado a la revolución francesa, utilizando ocasiones bonas de establecer un lugar de cadáveres como resultado.

Si la experiencia humana debe implicar una necesidad, esta necesidad grande y universal ¿cómo puede ser satisfecha?

"Al pasar revista a todos estos experimentos, una serie de reflexiones que se le demandó cómo seguir, fué la continuación de todas esas experiencias; se

constató que la ley natural de la diversidad no había impuesto a nosotros. Nuestros "intereses unidos" estaban directamente en guerra con las individualidades de las personas y con las circunstancias y el instinto de conservación: era preciso pues que cediese nuestros planes o que cediese la naturaleza misma; y fué evidente que justamente en la proporción que las personas o los intereses entran en contacto, son indispensables concesiones y compromisos, y que allí donde una combinación implica todos los intereses de la vida, existirá el mínimo de libertad individual, y que siendo imposibles la armonía y el progreso sin libertad, ni una ni otra se obtendrán en otra proporción que en la medida de la desintegración o individualización de los intereses: lo cual es directamente opuesto en principio al plan de los intereses combinados o unidos del que acabamos de sufrir la derrota: — nuestro fin no podría ser, pues, alcanzado más que yendo, para explicarme de este modo, directamente hacia el norte, mientras que nosotros íbamos hacia el mediodía. El conservatismo mató la "individualidad", el respeto a la experiencia del día y la sanción del instinto de nuestra propia conservación. Nuestras soluciones debían, pues, hacerse sin violar ninguno de esos signos característicos (individualidad, experiencia cotidiana e instinto de conservación), pero les hacía falta algún principio regulador de justicia". — "La primera idea prominentemente, — dice aún, — es la de evitar todos los intereses combinados, organizados o unidos, sea intereses de propiedad, de responsabilidades o de reputaciones — lo que es absolutamente opuesto a lo que caracteriza ordinariamente los llamados movimientos de reforma. El resto consiste principalmente en el principio de los equivalentes en el comercio y en la moneda equitativa". (Se encuentran naturalmente similes exposiciones de estas ideas en los escritos de Warren y de su escuela).

El biógrafo de Warren, W. Bailie (Josiah Warren, el primer anarquista americano, Boston, 1906, XXXVII-135 páginas en 16) habla así de este cambio de las ideas de Warren: creyó que las causas principales de las esperanzas decaídas en New Harmony fueron "la supresión de la individualidad, la falta de iniciativa y de responsabilidad. Lo que era interés de todos no fué asunto de ninguno. Todas las cuestiones de la comunidad fueron decididas por Owen, como propietario y por la voluntad de la mayoría; la libertad personal fué despreciada, el impulso de los esfuerzos individuales continuos faltó y cada cual se vió inclinado a atribuir los defectos del sistema a los defectos del vecino. Esos defectos, tal fué la conclusión de Warren, eran inseparables de todo sistema fundado en la autoridad y en la comunidad de bienes. En las condiciones más favorables debían terminar a fin de cuentas en un fracaso."

"Se persuadió, pues, que la libertad completa debía ser la base de toda reforma futura. El hombre busca la libertad como la aguja imantada busca el polo o como el agua su nivel igual, y la sociedad no puede estar en paz sin que cada uno de sus miembros sea realmente libre". — "Lo primero es la individualidad. La soberanía de cada individuo debe ser tenida por inviolable en todo tiempo. Cada cual debe ser libre de disponer de su persona, de su tiempo, de su propiedad y de su reputación como le plazca. Pero siempre a sus propias expensas, claro está."

Cuando Warren, que al principio hizo sólo la experiencia de un sistema permitiendo su esfuerzo, expresado en horas o minutos, cooperó con otros sobre esa base, como en 1837 en la aldea Utopía al borde del Ohio — todas las realizaciones ensayadas de su idea "fueron hechas, — dice Bailie, — con personas que no disponían más que de su trabajo y su fin era la demostración de que esos hombres que tenían libre acceso a los recursos naturales (pero este acceso libre es precisamente lo que falta hoy en todas partes y aún en América), podían, al tam-

biar su trabajo en condición equitativa mediante las labor notes (bonos de trabajo) construir sus propias casas, satisfacer sus necesidades esenciales y obtener el confort y la prosperidad sin depender para vivir de capitalistas o de una autoridad exterior cualquiera..."

Cuando en 1850 Warren se fijó en New York y Stephen Pearl Andrews, que habían sido furrieristas como tantos otros socialistas americanos del período anterior a 1848, época que había visto una gran variedad de comunidades y en la cual aún duda también las ideas libertarias fueron ensayadas en escala con frecuencia demasiado pequeña, demasiado pobre y expuesta a muchos azares, — cuando Andrews, pues, el autor de *Science of Society* (que proclama la soberanía del individuo), 1851, se hizo el segundo gran expositor de esas ideas, que amplió en otro terreno mediante su gran discusión escrita con Henry James y Horacio Gresley sobre el amor, el matrimonio y el divorcio, etc., — se hizo el más grande ensayo de ese género para la fundación de lo que se designó por *Trialtville* (ciudad de ensayo), luego por *Modern Times* (tiempos modernos) a partir de 1852 durante un buen número de años, hasta la proximidad de la gran guerra civil más o menos. Sobre el fracaso final Bailie observa:

"Los pioneros de *Modern Times* no tenían inconveniente alguno en lo que se refería a la propiedad y a las formas de gobierno. Cada cual fué propietario de su casa y de su tierra y por un acuerdo mutuo se pasó sin la autoridad pública. Nadie se sentía responsable de la conducta de sus vecinos y solo la conducta agresiva o invasiva era rechazada por una acción combinada. La causa principal del fracaso de la aldea fué la falta de ocasión para encontrar otro empleo que la agricultura. Habría sido necesario capital para fundar fábricas de artículos negociables fuera de la población. Los pioneros no tenían sino pocos recursos, y el dinero en bonos de cambio que les valía mucho entre ellos, no les servía en las transacciones con personas que no comprendían el principio y no aceptaban la práctica del comercio equitativo..."

Se tienen detalles descriptivos interesantes sobre el *Modern Times* por Moncure Conway que visitó ese lugar hacia 1858 y que dió una descripción en 1866, reproducida también en parte en sus memorias (1904), el relato más vivo sobre ese ambiente.

La obra principal de Warren fué *Equitable Commerce*, 1846, seguida de *Detalles prácticos de comercio equitativo*, etc., reunido el todo con el título de *True Civilization* (la verdadera civilización), diversas ediciones, por ejemplo, Boston, 1863. Para conocerlo bien fué necesario volver a encontrar su periódico, *The Peaceful Revolutionist* (1833), el primer periódico anarquista que haya aparecido, y sus *cartas periódicas* (1854 a 1858). La opinión de Warren sobre los asuntos públicos de su tiempo, la gran crisis que terminó en la guerra civil, se encuentra con toda probabilidad expresada en un folleto firmado solo *A Counsellor* (Un consejero): *Modern Government and its true mission* (El gobierno moderno y su verdadera misión), marzo de 1862, de 16 págs. que puede serle atribuido sin vacilación.

Después del libro de Stephen Pearl Andrews (1851), un número restringido, pero incansante de publicaciones que elaboraban la soberanía del individuo, el cambio equitativo, en una palabra, la determinación más pura de la esfera de acción individual sobre la base de la reciprocidad estricta, y del voluntarismo absoluto. *Mutual Banking*, la universalización de las bolsas de cambio, por el coronel W. B. Greene, numerosos folletos por Lysander Spooner, Charles F. Towler, Ezra Heywood, Moses Harman, etc. muestran a esos hombres en su obra tranquila, que poco a poco halló su más grande foco en el Estado de Massachusetts, en Boston y en Princeton (*The World*, periódico de Heywood) y se reforzó con hombres y mujeres que se especializaban en la cuestión de la libertad personal en materia de sexo, lo cual les atrajo las primeras persecuciones (contra Weywood, contra Moses Harman de *Lucifer* en el Estado de Kansas, etc.).

Pero esa propaganda fué reunida sobre todo por E. R. Tucker que redactó *The Radical Review* (New Bedford, Massachusetts, 1877-78), reimprimió los principales libros y folletos al lado de nove-

las y a partir del 6 de agosto de 1881 hizo aparecer *Liberty* (Boston, más tarde en New York), publicada hasta fines de 1907 al menos, más un poco más de tiempo. Ha subsistido hace más de treinta años de años sus principales artículos y nota en ese periódico, *Instead of a Book* (En lugar de un libro), New York, 512 páginas. Este autor explica la aplicación de esas ideas a todos los problemas de la vida política, social y personal. Adoptó claramente la palabra anarquista para describir su idea, pero hay que lamentar que rehuse el reconocimiento de ese nombre a todos los otros anarquistas que no eran individualistas como él y que, tienen alguna fe en la solidaridad, en la ayuda mutua, en el comunismo libre, — que es felizmente el sentimiento de todos los demás anarquistas excluidos por Tucker y sus adeptos de la anarquía tal como ellos la conciben.

Estas notas deben bastar aquí para mostrar el origen de un grupo que ha producido en los Estados Unidos un número de hombres y de mujeres de la más alta independencia intelectual y moral, que combatían el Estado en todas sus manifestaciones con una lógica perfecta y que defendían la libertad personal, — pero que por la rigidez y el exclusivismo que se impusieron, tenían más bien el carácter de una aristocracia o de una orden monástica que el de un movimiento social.

Esas ideas fueron compartidas algunos años después de 1848 por un pequeño grupo en Londres, la London Confederation of Rational Reformers, fundada en agosto de 1853. He hallado rastros de ella esparcidos en diversos impresos (véase *Freedom*, Londres, nov.-dic 1905), y ejemplares de las *Certaz periódicas* de Warren, que Tucker me envió después, y el libro de Bailie han completado mi documentación. Resulta de eso que el alma de nuestro movimiento fué A. C. Cuddon, antiguo orenista que visitó también *Modern Times* en 1850-60 y que Tucker, al visitar a Inglaterra en 1874, encontró vivo y octogenario ya. Este Cuddon era el presidente de la diputación obrera inglesa que en 1862 salió a Bakunin en ocasión de su feliz llegada a Londres después de la fuga de Siberia. Defendía también el individualismo en *The Cosmopolitan Review* de entonces, aunque de una manera más atenuada, me ha parecido, que antes.

Después de una extinción casi completa, al menos ante el público, esas ideas fueron expresadas de nuevo en Inglaterra por Lotthrop Withington, nativo de Massachusetts, por Henry Segmour, que de marzo de 1885 a agosto de 1888 publicó *The Anarchist* (Londres), después por Albert Tarn y otros, una propaganda que fué en disminución otra vez. En 1880-90 había también algunos representantes en Melbourne (el periódico *Honesty*) y en New South Wales, Australia.

En Alemania John Henry Mackay, el poeta anarquista de *Sturm* (título de su primera colección, 1893), fascinado poco tiempo después por Max Stirner, E. R. Tucker y Proudhon, fué el más atraído a la manera de pensar y de razonar de los individualistas americanos. Se encuentra un conjunto de sus ideas a treinta años de distancia en *Die Anarchisten* (1891) y su *Der Freigeistliche*, 1924, etc. Una propaganda en dimensiones restringidas de esas ideas ha existido desde hace treinta años y más en Alemania y aún más restringida en los países escandinavos y en Holanda.

En Francia las diversas revistas y periódicos de E. Armand han hecho conocer las ideas de E. R. Tucker. Algunos individualistas franceses, sobre todo H. J. Follin, sostienen un individualismo en que, para expresarme sumariamente, el poco sentimiento social que parece descubrirse aún en los individualistas americanos, se desvanece completamente. De Follin existe una utopía *La Revolution du 4 septembre 19...* (Paris, 1921) que da el sueño de una dictadura individualista.

Al contrario, numerosos individualistas italianos impresionados excesivamente por Stirner, Nietzsche y otros, representantes en realidad un matiz individualista del comunismo anarquico y Tucker explicarían a maravilla su falta de consecuencia. Marcan la tendencia natural a tomar lo mejor de lo que ha producido el individualismo, reemplazando el círculo estrecho de las ideas de Tucker sobre todo.

Reconozco el mérito de la crítica al Estado, a la autoridad y por consiguiente

AMAR LA LIBERTAD

is también al comunismo autoritario hecho por Warren y su grupo desde 1827, pero me parece que se ha retirado un poco demasiado pronto y aislado del ambiente de buenas intenciones sociales hacia las relaciones frías de métodos de negocios, estrictamente equitativos, métodos que en rigor se conciben antes de ella, y sin ellas; porque todo el mundo sabe que "las buenas cuentas, hacen los buenos amigos", pero la falta de sinceridad, de confianza mutua, que el reino del monopolio impuso a los hombres de la edad de la burguesía no ceden el paso por tan poco: son necesarios golpes más rudos para abatir este sistema. Esos aliados llegaban a adaptarse; en el folleto de 1862 el autor, probablemente Warren mismo, dice: "El gobierno, estrictamente y científicamente hablando, es una fuerza coercitiva; un hombre que es gobernado por su propio consentimiento no es de ningún modo gobernado"... La autoridad voluntariamente consentida es reconocida y se llega al estricto mínimo de estatismo y de autoridad que J. St. Mill y Herbert Spencer juzgaban siempre inevitable, nunca a la abolición franca de toda autoridad, aun a la que alguna acepta voluntariamente: porque esa misma autoridad consentida por unos no dejará de pensar pronto sobre los otros, que serán víctimas forzadas. El hombre que abdicó su libertad, es un traidor a la libertad humana entera.

Si la energía robusta de Warren y la astutidad, y la rigidez de sus camaradas se hubieran aplicado a inspirar los movimientos sociales de su tiempo, con ideas antiestatistas, mostrándonos los caminos de la uniformidad absurda en la diversidad vivificante, el movimiento obrero americano podría estar penetrado hoy por un espíritu muy distinto. Entonces, era tiempo aún, una gran parte del inmenso medio-continente fué abierta a los recién venidos, capaz de ser desarrollada sobre bases sociales libres; los pioneros de esos tiempos, eran hombres tan antiestatistas como era posible serlo, que se creaban un nuevo país lejos de la tiranía tradicional. El aislamiento voluntario, aunque estuviese acompañado de propaganda, de esos anarquistas individualistas, fué, pues, una verdadera pérdida para el desenvolvimiento general.

Habría entrado él, ¿quienes? discutían problemas tontos, como éste: Un hombre compra un mono, que por tanto es su propiedad incontestable. Ese mono, por una evolución rápida, excepcional, llega a ser hombre y comp. hombre tiene derecho inalienable a ser libre. Pero, eso, sería un perjuicio para su propietario, que ha pagado por él. El hombre en otro tiempo mono, pues, deberá pagar para rescatar su libertad. Pero lo que produce pertenece de derecho a aquel que lo compró como mono. ¿Cómo encontrará este hombre-mono los medios para rescatarse? Este problema no es demasiado fantástico; no se tiene más que poner al negro emancipado, sin rescatar por la proclama gubernamental del presidente Lincoln en lugar del mono, y ese fué el problema agremiante de los Estados esclavistas. El individualista a la Warren, que se impone voluntariamente la cadena de la propiedad, está siempre apegado a esa cadena y nunca es realmente libre.

Esta escuela, pues, en lugar de florecer se ha reducido, porque el individualismo, aún anarquista, pero no social, puede realizar la conducta recíproca de algunos hombres que viven en condiciones absolutamente iguales, pero de eso, a convertirse en un factor de gran progreso de la humanidad entera hay mucho espacio.

Max Nettlau

El movimiento anarquista en Bulgaria

II.

La guerra llega y detiene por algún tiempo el desarrollo del movimiento anarquista en Bulgaria. Todo un pueblo, en la lucha al abismo de la destrucción y del exterminio. Y las invocaciones al bienestar y a la libertad son clamores desolados.

De todas maneras, los anarquistas, que habían creado ya un movimiento de ideas, permanecieron fieles a su ideal. A despe-

cho de las persecuciones y el régimen dictatorial imperante durante la guerra, únicamente los anarquistas se mostraron como enemigos irreductibles de la tiranía existente. Contribuyeron mucho a la propaganda anarquista, las continuas deserciones, ardientes invocaciones a la insurrección y a la revuelta; volantes con afirmaciones antimilitaristas. Y las represalias no tardaron en manifestarse; en muchos procesos la justicia marcial condenaba sin miramientos a los militantes anarquistas.

Por primera vez el movimiento anarquista debió volverse clandestino. Pero, superar las dificultades que creaba el estado de sitio, nuevos grupos surgían y se unían; militantes y propagandistas ilegales, recorrían el país, difundiendo la obra anarquista.

Como se sabe, la guerra finiquitó en Bulgaria por una insurrección espontánea en el ejército. Faltaron elementos organizadores para que este levantamiento adquiriera una extensión más grande y se transformase en una insurrección popular. Pero, aun así, era una impulsión del estado de alma de un pueblo, el cual, bajo la influencia de la revolución rusa, comenzó a recobrarle. Una ola revolucionaria sacudió las capas profundas de la masa oprimida.

Volviéron a surgir, entonces, los anarquistas. La propaganda fué intensificada y nuevos elementos obreros invadieron las agrupaciones anarquistas. El diario *Balkanski Mislal* (El pensamiento obrero) duplicó su tiraje.

Estamos ante el primer congreso anarquista en Bulgaria (1913) — donde se constituyó la Federación de los anarquistas-comunistas, su órgano hebdomadario: *Probozna* (El Despertar); fué el primer periódico anarquista de tiraje considerable, 10.000 ejemplares).

La Federación nacional, compuesta de cuatro uniones regionales, estas últimas compuestas por grupos y organizaciones locales. El principio, federalista, era la base de la organización: Cada agrupación y cada miembro de agrupación, era una unidad autónoma. (1)

El período después del Congreso hasta el invierno de 1920, fué uno de los más favorables a la propaganda anarquista. Siendo pública la actividad, cada agrupación poseía su local donde se realizaban conferencias. Fueron organizadas reuniones públicas y los principios anarquistas propagados y discutidos en alta voz.

A medida que la influencia de los anarquistas crecía en el seno de las masas populares, la Federación anarquista volvió a ser una verdadera fuerza revolucionaria, y a la cual las autoridades debían sunar varios millares de disidentes del partido comunista adheridos a las organizaciones anarquistas.

La autoridad era severa en sus represalias contra los anarquistas. La presión alcanzó sobre todo su punto culminante después de la derrota de la huelga de los ferroviarios (Febrero 1920).

Nuevamente el movimiento anarquista se hace subterráneo. Las persecuciones y la prohibición de toda actividad anarquista han creado una atmósfera muy grave. El segundo congreso anarquista (Abril, 1920), fué prohibido y dispersado. Se procedió a numerosos arrestos.

Un nuevo ensayo para la convocación de un congreso clandestino fracasó también.

La propaganda se hizo clandestina. Los diarios *Bunte* (La Rebelión) y *El Anarquista* aparecen, con grandes dificultades, clandestinamente.

Es el período más grave de la anarquía en Bulgaria. Perseguidos salvajemente, sus militantes acosados, el movimiento anarquista no se libra de las discordias clandestinas. Esfuerzos formidables fueron necesarios para que saliese de este callejón sin salida, y volviese a tomar la ruta de la consolidación y de su orientación.

El cuarto congreso (realizado clandestinamente en los Bosques, Junio de 1921) donde asistieron cincuenta delegados, representando más de 20 agrupaciones y organizaciones, abrió nuevamente los horizontes de una actividad intensa. La unión entre las diversas agrupaciones fué reestablecida.

Poseyendo agrupaciones casi en todas las ciudades, los anarquistas penetraron en el campo y allí desarrollaron su obra. En numerosas poblaciones fueron constituidos grupos anarquistas. Muchos ensayos de campañas libres fueron intentados y después de ellas, efectuaron éxito.

No conozco nada mejor que la Libertad. Este bien, el más caro de todos, fué rechazado en todos los tiempos; con razón, a través de las edades, los hombres lo han reivindicado como un derecho.

Pero querer la Libertad para sí mismo exige el reconocimiento de este derecho al prójimo; nada es parecido; las palabras, el lenguaje mismo tienen una significación particular, fuera de las generalidades convencionales el individuo posee un sentimiento particular de las cosas, en lo que ellas expresan: el amor de la Libertad se erige en dogma. Reconozco, pues, al prójimo el derecho de pensar lo que guste y sí, según el caso, su actividad me es indiferente; no encuentro en ella motivo de objeción desde el momento que no se traduce en actos que contradigan mi desenvolvimiento. Por otra parte, es el amor de la Libertad el que hace indagar lo que existe de verdadero en las acciones de los hombres; nos incita a encontrar en los razonamientos adversos la lógica, que contribuye a evidenciar la impersonalidad de la verdad.

leyendo las publicaciones actuales que hacen comercio de política y de filosofía, — salvo muy raras excepciones — nos sorprende: la Libertad ha encontrado un último límite, la verdad tiene marcos rígidos... ¡Ay! por los pobres hombres; la Iglesia abusó de éstos métodos... ¿No es, pues, un término al fanatismo, y a la intolerancia?

Los modestos conocimientos actuales nos incitan, sin embargo, a tolerar al prójimo y sus opiniones; cuando se adquiere el sentimiento de nuestra ignorancia frente a las cosas que nos rodean importa decirnos fríamente, con toda razón, la actividad social para no recaer en enojosos procedimientos:

Amar la Libertad en nuestra época que el poder del centro aumenta cada día más, es disminuir la fuerza de este centro; esto es, cuando según sus medidas se ha realizado para sí mismo, libertarse de esta dependencia es contribuir a arruinar la Libertad colectiva.

Toda actividad con fines de Libertad tiene causas definidas: físicas y morales. La causa moral determina el acto, lo perfecciona; la causa física lo ejecuta. Visto de esta manera, a través de la historia, el amor de la Libertad ha determinado períodos de revolución. La de 1789 es un bello ejemplo: Los Enciclopedistas, empujando nuevas ideas, dieron por tierra con las de entonces; en gran parte de estos trastornos ellos fueron causa moral. Las ideas traducidas en hechos bajo diversos pretextos: causa física.

Así evoluciona la mentalidad social: Los individuos discuten la vida; ponen al descubierto las tiranías de la sociedad, obrando así por la Libertad, pues

El periódico *El Anarquista*, vuelto semanario, continúa apareciendo, aumentando de tiraje. Libros y folletos sobre la teoría anarquista fueron editados.

Es necesario hacer notar que las persecuciones gubernamentales no han cesado ni un momento. A un corto período de Libertad para la propaganda, siguió un tiempo de persecuciones y torturas inauditas. Los militantes cesaban, siempre repletos de militantes anarquistas. Los que escapaban a los arrestos, continuaban ilegalmente su actividad. Fue una época en que los anarquistas fueron exterminados casi como bestias feroces.

Y sin embargo, durante el período que precedió al verano de 1923, los anarquistas, despojados de grandes esfuerzos que elevaron el movimiento al punto de su dilatación.

Sobre este período importante, que fué seguido de espantosas catástrofes, no ocuparemos próximamente.

G. G.

(1) Constatamos por el momento que hace una hora la historia volvió más tarde sobre las tendencias ideológicas, la táctica y los principios organizadores del movimiento búlgaro.

tarde o temprano acontecimientos imprevisibles justificaran sus críticas; las ideas nuevas, subvertidas, serán admitidas. Necesidad será hoy.

Y los apóstoles del despotismo que en mala ocasión nos ofrecen su autoridad paternal, sólo pueden cristalizar la verdad del día: ahora bien, hoy está tan firme de ayer, como mañana lo estará de hoy; la ley de los hombres, aún admitida como verdad de hoy, mañana será mentira. No existe nadie que quiera recordar la esencia divina del Rey; ¡por qué se reconocería este derecho a otros a menos que plebeyos que forjarían cadenas... siempre cadenas.

El amor de la Libertad se explicita y se legitima en todos los tiempos, es el factor esencial del progreso. No creo que el hombre esté jamás satisfecho con su suerte. Nacido de la bestia, en la guerra menos dolorosa; para obtener su Libertad, luchó contra ella, contra los elementos, luego contra los hombres; y la secular fuerza de la costumbre, el hecho de ellos seres sumisos, temerosos con el amo y los profetas.

Es menester hacer amar la Libertad a los esclavos; hacerlos comprender las inmensas alegrías que podrían gustar cuando su razón y su conciencia se hayan penetrado de esta Primavera Viva que los transformará; el amor a la Libertad es en nuestros días, para nosotros, el elemento, el estado ideal de la evolución humana: capaz de crear hombres de espíritu claro, de temperamento social.

Es menester hacer amar la Libertad a los autoritarios que quieren imponer una dicha uniforme a los pueblos... Para esto, es preciso: ante todo, que ellos se digan ante el exclusivo de la Libertad vivida por los otros; en efecto, allí está nuestra salvación.

Es menester amar la Libertad por sí misma; esforzarse por no desperdiciar jamás una parcela en un prisión estéril, pues nuestro lugar está en el seno de la muchedumbre; para exaltarla a la sublevación; en plena lucha y aún; según los temperamentos; fuera de ella. Prefiero ver al hombre ermitaño, desligado del mundo, que prisionero de éste; pues si el oprimido no es más simpático que el opresor, debe esforzarse en no ser ni lo uno ni lo otro.

Diversas razones impiden a las sociedades y a los hombres evolucionar; quien, tomado separadamente, es social y humano, se convertirá, por temor de las leyes y costumbres societarias; en el más egoísta de los hombres. Tomar como modelo la mentalidad social, y bajo pretexto de luchar por la vida, llegar a ser un lobo para su semejante. Esto, porque no es libre; los prejuicios aristocráticos no es más seguridad que cadenas. Haber penetrar en el individuo el amor a la Libertad; es destruir los prejuicios es-revelar el hombre a sí mismo; es hacerse digno y activo.

G. G.

Sobre la gran ruta de la vida algunos hombres han lanzado su resaca; a la opresión, al grito de esperanza; así el por venir; así siempre los hecatombes su tontería; y así hoy pueden, así tener a los hombres, no admitir las persecuciones y las indignas divisiones; reconquistar a todos los caballeros de la "Belle" que nacieron en su vida por espíritu de Libertad.

Constitución y armonización, y aunque haya veces de perderse en el camino, seguimos una ruta hacia el destino "Dopo", sin fluctuaciones como las esperanzas, pero encerrando en nosotros mismos nuestra certidumbre de una vida mejor y de un mundo más justo. El tiempo, por otra parte, trillado por nosotros, para destruyere cualquier costumbre nueva, los hábitos que los viejos imponen en su mundo de replantamiento de la humanidad.

Aunque el amor a la Libertad para nosotros sea el imperio de estos libertaristas, nosotros defendemos y en la actualidad, fundamos bases para que hombres nuevos aparezcan por el mundo; el dar el ejemplo de la libertad, el mostrar a los pueblos evolucionados.

NADAUD.

Los desastres de la guerra

Hase cumplido ya un siglo desde que Goya grabara la última plancha de sus "Desastres de la guerra". Desde entonces, en muchísimas ocasiones, han tenido como una nueva y renovada actualidad esas páginas de horror. Mas todas esas ocasiones, con ser memorables, son de una falta de relieve extraordinaria, si se comparan con la que estamos viviendo desde agosto de 1914. Es, pues, ese libro de grabados un modo de libro de horas, que se puede consultar con provecho en estos momentos de tragedia inenarrable. Abrámoslo. Porque es seguro que en él encontraremos algo con que templar nuestra pasión, algo que es pensamiento de una melancolía sin límites, que nos llenará, a no dudarlo, el espíritu de compasión por los que luchan, y también de compasión hacia nosotros mismos. Que en ese libro inmortal Goya su-



FRANCISCO DE GOYA Y VICENTES

no así, como pocos lo han hecho, la esencia y objeto, según los griegos, de la tragedia: el de depurar el alma de las pasiones, y encalmarla, por la representación poética o plástica de las mismas. Y es, que en tales grabados, hay una tal elevación de tono, que pone nuestro espíritu bien por encima de los intereses y peniciles particulares de la lucha: le da unos, como ojos, de agudísima visión para el estrago; le enseña a ver, a través del espeso velo de los sentimientos nacionalistas, la hermandad de los humanos en el dolor. Aparece en ellos, la guerra, desprovista de esa magia fatal que la comunica el lirismo; la marcialidad, la hizarria, guerrera contaron bien poco cosa para Goya. Ciertamente que las puso en la apostura de los generales que retrató. Tienen la marcialidad, y bizarría, tanta belleza plástica! Pero en la acción guerrera, no supo, ni quiso, ver más que el horror. Porque este gran artista, en quien se ha tratado de encarnar el humor violento de su casta, era un sensitivo, como se dice hoy, un hombre dotado de un sentimiento tan profundo de lo humano, que, acaso, no hallaría

mos más que otro nombre que en ese sentido pudiera colocarse al lado del suyo: el de Cervantes.

Más que todas las biografías, anécdotas, cuentas y cuentos de eruditos, nos dice de la intimidad de este magnífico español, su auto-retrato, existente en la Academia de San Fernando. Lleva la fecha de 1815, esto es, la misma en que grabó las últimas planchas de "Los desastres de la guerra". La impresión que recibimos frente al mismo no es, en verdad, la de un viejo insántropo, regañón, burladamente escéptico. Tenía entonces Goya sesenta y nueve años. Su auto-retrato nos dice de un hombre a quien la edad no le ha robado frescura y vigor; le ha dado, por el contrario, una maravillosa madurez. Recordad a Goethe. Como el poeta de Weimar, Goya es un lírico y un objetivo, un intuitivo y un observador perspicaz. Es, además, un artista sereno. Digase lo que se quiera de su violencia, la mayor parte de su obra es encalmada, serena. Por nuestra parte, no creemos en los navajazos de baturro, como alguien ha apellidado ingeniosamente las obras de Goya. Cuando este hombre maravilloso se mira así y se refleja al exterior a los sesenta y nueve años de su edad, se ve como un espíritu sereno y seguro de sí mismo. Ved su frente poderosa, embellecida en luz; su mirar ceñudo, profundo (¿mira al exterior, reflexiona, sueña?); su boca, fuerte y blanda, de compleja expresión amable y despectiva. Inclina la cabeza, como el Velázquez de las Meninas, con ese no sabemos qué de femenino que se advierte en todos los creadores. Tal se nos aparece aquí el hombre energía y suavidad; gracia y fuerza en un resplandor permanente de serenidad; una ráfaga diabólica: la risa. Tal fue, sin duda, íntimamente el artista cuando ejecutó "Los desastres de la guerra". 1810 a 1815. Y en ellos, según se nos antoja, se refleja.

Recorramos los grabados. La técnica es prodigiosa. Tanto, que estas aguafuertes más parecen estar hechas con el pensamiento que con la mano. Sin embargo, ¡cuánto cálculo! Nada más lejos de Goya que la espontaneidad improvisadora. Goya, como gran artista que es, no improvisa, que sólo improvisan los artistas gárgulos y superficiales. Hombre de visión profunda y pensamiento hondo, hace que los recursos técnicos se plieguen de un modo inaudito a sus propósitos, a la imagen y emoción que pretende representar. De ahí viene esa apariencia de facilidad, esa aparente fuga ardorosa que se nota en una cierta zona de su obra. Que no era un artista espontáneo, en el sentido vulgar de esta palabra, lo prueba, además de sus obras, el que no produjera ninguna realmente maestra antes de los cuarenta años. En estos "Desastres de la guerra" todo, hasta el menor golpe de buril, está sabiamente calculado: el claro-oscuro estupendo, la composición, las actitudes, las expresiones. To-



GOYA — Grande Náusea! con muertos!

mat un grabado cualquiera, y para convencerse de su unidad perfecta, de su perfecta ordenación hacia un fin plástico y emotivo, suprimid con el pensamiento esta o la otra figura, este árbol, esta ondulación del terreno, o, sencillamente, una sombra. Veréis entonces cómo se desequilibra el conjunto, cómo pierde en vigor la emoción que el artista pretende transmitir. Son, pues, estos grabados como versos o estrofas perfectas, en los que no se puede alterar la menor parte sin que se quiebre su armonía. Y como consecuencia de semejante cálculo artístico, viene el arte indecible con que Goya concentra, densifica el efecto. Ninguna distracción, nada que pueda desviar la atención del punto culminante. Es como si todos los puntos del grabado concurren a un centro o vértice de hoya. Y ello de tal modo, que hasta la leyenda de cada grabado es algo absolutamente

no. Y a substituirle viene una bestezuela repugnante, con todas las cobardías y ferocidades del instinto animal al descubierto. Esa es la guerra — parece advertirnos Goya, eso es lo que yo vi en ella —, nos declara de un modo inequívoco. Y esa guerra que él describe, fue la guerra de la independencia de su patria... Verdaderamente no la vio a la par era como la hubiera podido ver un guerrillero dotado de genio artístico. Quizás vale más así. Porque de otro modo tendríamos probablemente una glorificación más del pueblo que defiende su independencia, y, viendo como vio Goya, tenemos una como epopeya del estrago guerrero a secas; sin cubrirlo con el manto equívocamente respaldado del lirismo... Acaso también ahí esté su fuerza. Porque su sentimiento de la guerra es unilateral, y si es cierto que la ferocidad que llevamos los hombres en-



GOYA — Enterrar y callar.

insustituible, inseparable del grabado mismo: es un golpe primordial de buril. Mas por encima de tales primores y sabiduría técnica, está lo vital de la obra, si es posible en modo alguno, como no sea convencionalmente para facilitar la exposición, separar aquí el fondo de la forma. Desde el primer grabado, que podemos llamar prólogo de la tragedia — "¡Tristes presentimientos!" —, entramos en un mundo de horrosa pesadilla. Hay en esa figura trágica, envuelta en luz pavorosa, una desolación, con un cierto acento grotesco, que nos muestra la fatalidad ineludible de los acontecimientos y, a la vez, algo como el terror del milenario. El hombre de la cultura, de las leyes, de las reglas y principios, va a desaparecer, como en un cubilete del día

cubierto se despoja en ella frecuentemente de todo velo y de toda norma repressiva, no lo es menos que también en el estrago marcial adquiere una plenitud inspechada. Goya solo vio, como quedá dicho, el juego de las fuerzas diabólicas. Y es que, probablemente, para los hombres de fina sensibilidad es ya de por sí un hecho diabólicamente paradójico el que el colmo de la virtud se muestre particularmente en medio del desastre. Por eso declamamos al principio; que en estos momentos desoladores que vive Europa. "Los desastres de la guerra" podrían servirnos de libro de horas y calmante a nosotros los que sólo de oídas y con el espíritu no del todo recogido vivimos la gran tragedia.

JUAN DE LA ENCINA

DE CARTA A CARTA

Marginalia sobre Villaespesa

Villaespesa y Chocano, han dado un recital en un teatro de Lima. Es decir, han dado varios: casi media docena. Como yo concurrí solamente al primero, los otros pasaron desapercibidos para mí.

Confesaré, contritamente, que, esa noche que fui a escuchar al ruiseñor granadino, me aburrí tanto, que me pareció hallarme en un entierro. En efecto, algo había, en esa función poética, que trahumaba a velorio de casa rica.

El estiramiento, que casi llegaba a la rigidez, de los espectadores; la luz hialina de los arcos voltaicos; el cansancio y la angustia que delataban algunos rostros cercanos, todo daba la impresión que se estaba escuchando a un orador fúnebre, que, con un puñado de cartillas, escanciaba un responso sobre la tumba de algún pariente lejano, quien no había dejado dinero para pagar los funerales.

Pero no era así. El presunto aedo estaba cantando a Granada: la bella, con voz de ultratumba; describía los paisajes de alcázares y los jardines; procuraba impresionar a su auditorio; accendía el sentimiento de los rimadores; de donde emanaban como de un grifo de chocolate; imágenes sobre imágenes, que se desdaban y se atropellaban, produciendo un torbellino de colores que,

al confundirse entre sí, se anulaban las unas a las otras. Eran palabras, palabras y palabras que, como caireles, se entrecocaban, agitadas por la brisa del amar y del capricio.

No había, en esa composición, una línea melódica determinada, ni un ritmo que cambiase la cadencia de acuerdo con el tema y la intensidad de la pasión, como sucede con "Las Campanas" y "El Cuervo" de Poe.

Era un martilleo monótono, desesperante y agobiador. Era también un amontonamiento de flores de trazo y de papel, bajo las cuales succumbía la sensación experimentada por el poeta frente a la naturaleza.

La verdad es que esa poesía de retóricos no solamente es nociva porque asfixia todo esto, sino que, a la postre, es mortaja florida para la lírica poética o para la patética del sentimiento.

A Villaespesa le sucede algo de lo que le sucede a D'Annunzio, cuando sus estancias. Los dos son babilónicos verbales. Forjadores de palabras frías y frías. Potentes del vocablo. La palabra derriera a la idea o la espaldas bajo su peso, y así, lo que hay de íntimamente musical en el sentir poético. En una palabra, su poesía es un-

pájaro de barro con alas de plomo, como decía Leibnitz de cierto poeta alemán.

Es que entre la idea y la palabra hay un nexo indestructible. No se puede separar la una de la otra, como algunos suelen hacerlo. Las dos se confunden de tal manera que son indisolubles. Hay que aceptar o rechazar en bloque la idea y su vestidura. Buffon decía que "el estilo es el hombre". ¿Cómo puede gustarme entonces el estilo de quien aborrece el pensamiento? Los pensamientos justos y verdaderos están siempre bien escritos. Un pensamiento ficticio, convencional y falso, siempre está mal escrito. En las "Máximas" de Vauvenargues, a quién preferimos, ¿al estilista o al filósofo?

De ahí que la poesía de Villaspesa peca, para mí, de correa, fibrosa y kilométrica. Dura de masticar y digerir. Hay que tener un cerebro, mejor dicho, un estómago de avestruz para tragarse y pasar los pedruscos de sus metáforas y pseudo tropos.

La sensación más pueril, y muchas veces banal y chabacana, la reviste con sonoridad inusitada de timbales y trompetas, creyendo que con eso consigue darle una apariencia de arte.

Despojado del prestigio de la rima a los pensamientos o las sensaciones que existen en su poema quedarán como polvuelos sin plumas.

Al contrario de lo que su prosa guardaba tal como que al quebrarse en estrofas podía convertirse en un poema maravilloso, la poesía del granadino, si alguien la traza en prosa, sería un borbote insoportable por la vulgaridad máxima del contenido.

Hay poemas de este poeta que parece que están rellenos de aserrín literario, donde abunda el lugar común que horripila y la inanidad que espanta, como una sima abierta a nuestros pies.

Tomad, por ejemplo, "El poema a Panamá", que "La Crónica" calificó como "destumbarante joya, enorme y exquisita", y veréis que hablo con alguna razón. Oid esta matraca:

Franceses ebrios de petulancia, exportadores, en sus empresas, del sobornio de la elegancia...

Con las cachimbos entre los dientes, rubios británicos, que acompañados, rectos, correctos y displicentes, caminaban como sobre los puentes de los potentes, aporazados,

cuyos abusos, en mar y en tierra, impensados, provocan guerra; barren fronteras, irrecan destinos, leyes y troncos hacen pedazos;

y hasta amenazan, luciferinos, romper los cielos a cañonazos!... Curvos al peso de tanta ciencia; ligeros como la adolescencia, teutones serios y pensativos,

que andan sonámbulos entre las gentes, con los mostachos tan agresivos y con los labios tan sonrientes!...

Maggiaras crespos como leones; bravos y fieros como mastines, que van floriando sus tradiciones en los sollozos de sus violines!...

Después de todo lo que llevo dicho, no se suponga, en mí, a un enemigo de la poesía; es porque la adoro, la respeto, y la venero, que detesto a los rimadores (simplejos y a los poetastros, albitares de corcel alado. Y porque la pongo por encima de todas las artes, me invaden iras santas, y justas al ver que los ducimaras y escambeleros de feria prostituyen el oficio divino del poeta, quien, en su origen, fue un rebelde, un profeta y un artista. Con sus cantos siempre armoniosos y flamígeros, evocando la belleza inabarcable, hacían temblar a los tiranos y conducían muchedumbres a través de la selva impenetrable, levantando su corazón como antorcha que alumbraba el camino para todos.

Hay rebeldía en "La Vida es Sueño", como hay protesta en "La Divina Comedia", y en las obras de un Walt Whitman o un Rapsard; y Poe y Baudelaire? Sus versos son formidables requisitorias contra el destino ciego y fatal de nuestra especie, que, siendo fango, sueña con ser estrella, y, condenado a convertirse en polvo, sueña con la inmortalidad del alma.

Baudelaire, que abrigaba un alto concepto de su misión, refiriéndose a la personalidad del Poeta, decía estas palabras:

"El poeta es el hombre por excelencia y es el supremo creador: dibuja, pinta, graba; burla, esmalta, pule, esculpe, ama; odia; lo hace todo no haciendo sino una cosa, llena sus diversas funciones ejerciendo una sola. Es lo universal. Es Pan. En fin, entre los artistas, es Rey".

¿Qué sinfonía de compositores célebres puede rivalizar con la plenitud de ritmo, de color y musicalidad de los poemas de Swinburne o de Shelley?

¿Y "Las Campanas" de oro, plata y bronce de Poe? ¿Y "Anabab", de ese mismo panida alucinado? ¿No es acaso una sonata maravillosa cuya fantasmagoría, transportándonos a las regiones misteriosas del ensueño, "junto al mar tranquilo", nos agobia de emoción?

Si, en la naturaleza, la Poesía es el diamante: grito de luz de las entrañas de la tierra, sollozo iridescente de la hulla que lloró, en siglos de opresión, su negrura infinita.

Es que en las sociedades humanas, en lo ético, existen también masas inertes, hulas que se carcomen y diamantes que son los gritos, que, ambientes de opresión arrancan al artista. Esos deseos de azul, expresados violentamente, además de poseer la pujanza intrínseca de lo sincero tienen la virtud de la fuente de Juvencio para los buenos. Cumpelen una misión regeneradora. Y entonces, el poeta, con su carga sagrada de rebeldía multitudinaria, evoca la figura de aquel padre que, condenado a perecer su hijo en un cadalso de pesa horrible, le salva levantando los brazos en alto.

La Poesía, cuando no se protesta contra los hombres o el infinito, es siempre, al ser sincera, un dolor que asciende.

Citaré algunas palabras de un reciente estudio publicado sobre el famoso poema "El Cuervo", de Poe. Tiene 17 estrofas. Lo lee usted en cinco minutos. Si fuera una carta común de las que usted escribe día a día, la podría concluir en diez minutos. Su lenguaje es tan sencillo, huye con tanta naturalidad, que parece que el poeta lo hubiera escrito en un solo relámpago. No fue así, sin embargo, Poe concibió la idea del poema en 1842. Trabajó en él durante todo el año 1843 y 1844 y no le dio a la publicidad sino en 1845.

En cambio, Villaspesa se sienta frente a la máquina de escribir, y, en una tarde, compone un poema de un metro cincuenta de largo por dos de ancho, y amasa medio kilo de sonetos surtidos.

Eso, después de todo, no sería nada, si los resultados de esa labor de poeta-relámpago fueran irreprochables. Porque quien lee un libro, admira una escultura, un cuadro o una sonata, no se pregunta cuánto tiempo empleó el artista para crear esa maravilla o ese adelfo. Sólo le interesará si la obra es buena o es mala, o si le conmueve o le deja indiferente.

Ignorará que Flaubert puso diez años para escribir "Madame Bovary", y que Goethe empleaba quince o veinte minutos para componer uno de esos delirios "Heide", que son joyas de la literatura alemana.

A James Mc. Neill Whistler, en el proceso contra Ruskin, el presidente del tribunal de Londres le preguntó cuánto tiempo necesitó para "confeccionar" esos bocetos que se exhibían en su exposición.

El pintor respondió: "Un cuarto de hora. El Juez asombrado: "Y por un cuarto de hora de trabajo usted pide quinientos guineas! El artista, sonriendo, repuso: "Es que yo pido esa suma por toda una vida dedicada a mi arte."

Por eso, el factor tiempo no implica nada en la obra artística. Cuentan los resultados. Y los "resultados" en Villaspesa son atroces. Pero me doy cuenta que aparejar el nombre del poeta mudéjar con esos colosos, es como si alguien tuviese la ocurrencia peregrina de comparar una luciérnaga con un astro.

Villaspesa también discursó sobre los poetas y la poesía granadina; citó a Zorrilla como el poeta árabe, se citó a sí mismo como el poeta árabe, olvidando un nombre glorioso que honrará eternamente a Granada. Me refiero al escritor filicépo y poeta genial Angel Ganivet, injustamente postergado por la moderna generación española.

Ganivet escribió un libro inolvidable por la belleza y la emoción primaveral que perfuma todas sus páginas. Se titula: "Granada la Bella".

Su prosa flana, sin arrequives literarios, es más poética que todos los cantos de todos los rimadores insulsos, que han pretendido describir Granada.

La obra de este genio auténtico está compuesta por los siguientes libros: "Ideario Español" (un tomo), "Cartas Finlandesas" (un volumen), "Las memorias de Flo Cid" (dos tomos), "Granada la Bella" (un tomo), "El escultor de su Alhambra" (drama en verso), y una copiosa colaboración en los diarios granadinos, que no creo que haya sido recogida en libro.

Si Ganivet no dejó una montaña de libros, fue porque murió a los 33 años, siendo cónsul en Finlandia. Como en su creación se clavaron los anhelos de emigrar a otra estrella, se pegó un balazo. Así, la luz de su vida se apagó en plena producción, cuando muchos confiaban que su genio poderoso iluminaría el sendero, donde la juventud española hubiera podido guiarse.

¿Es posible que Villaspesa ignore a este concludadano suyo, que fue contemporáneo de Ossandón, con quien se cartegó y que murió apenas unos años después? Nos explicamos esta "hecho" solamente por la declaración que hizo Villaspesa a un cronista que le entrevistó. Al ser preguntado quién era el mejor poeta de España contestó: "Francisco Villaspesa".

Concluiré este exabrupto en forma de crónica diciendo que Lima "la vieja" "coccotte falsandé", regazona, secesse y chistomanía tuvo para el rimador granadino la mejor de sus sonrisas; las que ellas es bastante prodiga con quienes le admira.

Br. cuanto al acostumbramiento de Villaspesa con Chocano; diré con Bédouca: "Un sot trouve toujours un plus set qui l'admire". O dicho en buen romance: "Un toño encuentra siempre otro más tonto que lo admira, y lo alaba".

12 Abril 1924, Lima.

La "Révolte" contra la "Société des gens de Lettres". Documentos inéditos.

(Conclusión)

"Aviso importante.— Un pequeño periódico de París, no abonado a la sociedad, se dirige a los autores para obtener autorizaciones de reproducciones gratuitas. — Recordamos a nuestros colegas que al dar esa autorización se exponen a una multa por la primera vez, después a la expulsión (Art. 41 de los estatutos; cap. VII)".

En la Bataille, el señor Camille de Sainte Croix, en un artículo en que valeducaba la importancia de Zola y de la Société des Gens de Lettres, tomó la defensa de La Révolte.

Al recibir de la asignación, escribí a Zola para recordarle que me había dado autorización, explicándole de nuevo la situación del periódico y esperando que una sociedad de literatos fuera guiada por móviles que no se detuviesen en la pieza de cien céntimos.

He aquí su respuesta: "Medan, 21 de julio de 1891. Señor,

Si le he autorizado a reproducir mis obras, lo hice en la época en que no formaba parte de la Société des Gens de Lettres. Desde el mes de marzo soy miembro de esa sociedad y es preciso que me conforme a sus estatutos. Mi autorización no tiene ya ningún valor.

Se engaña al creer que se prosigue una obra de odio contra Vd. Se le somete a la ley común, he ahí todo. Todo periódico que no tiene un contrato no puede reproducir una línea de un miembro de la Sociedad. Lo mejor, como dice, es tener en cuenta su buena fe y no reproducir más de los miembros de la Sociedad hasta que tenga un contrato con ella. En octubre, renueve su solicitud de un contrato, le prometo que se examinará seriamente esa demanda.

Recibí, señor, la seguridad de mis mejores sentimientos. Emilio Zola.

He dicho más arriba cómo me habían quitado la idea de firmar todo contrato las tergiversaciones de Montagne. Me apresuré a responder a Zola: "Señor,

Recibo su carta, le agradezco. Solo que al lado de la respuesta del presidente de la Société des Gens de Lettres he esperado en vano la del literato a quien me dirigía. No la encontré. Lo lamento, no nos entendemos. Le saludo. J. GRAVE.

Y en La Révolte, donde reproducía mi carta, añadía a guisa de post scriptum estas líneas tomadas de la "Correspondance" de Flaubert:

"Habrá tenido buen cuidado, aunque me costase caro, de poner en la primera página de mis libros que es permitida la reproducción, a fin de que se vea que no soy de la "Société des Gens de Lettres", porque reniego de ella, no es título, y tomarla, frente a mí conserje, más bien el de negociante o cambalachero". — G. Flaubert.

Pero comprendí que no había que dejar dormir el asunto. Recordamos de la campaña que algunos literatos habían dirigido contra Zola, creí bueno explicar mi caso a algunos, entre otros a Mirbeau, con el cual estaba yo en correspondencia. No me engañé. En el Echo de Paris del 4 de agosto apareció con el título: A propos de la Société des Gens de Lettres un artículo vehemente, mordaz, como sabía escribirlos Mirbeau, exponiendo el caso de La Révolte. Fue un verdadero escándalo. Durante algunas semanas todos los periódicos, discutieron las persecuciones que nos intentaba la Sociedad de literatos. Esta última y Zola, pasaron malos cuartos de hora, porque, si encontraron algunos defensores, fueron más bien débiles.

Armand Vilette, en el Gouffo, Armand Alexandre en el Echo, — sin embargo este periódico, independiente, era defensor de la Sociedad. — V. H. es el Intransigent; Bonnetain en el GW Blas, y muchos otros de los cuales he perdido los artículos, se levantaron contra el mercantilismo que la "Société" empleaba. Fue, verdaderamente, una hermosa agitación.

En tanto, escribí a los autores en nombre de los cuales se nos perseguía, y también a aquellos cuya opinión podía tener algún peso.

Hugues Leroux, cuando le pedí autorización para reproducir una de sus novelas, L'Ané, me respondió que el periódico de La Révolte le interesaba mucho y que, de una vez por todas, me autorizaba a reproducir de él todo lo que me agradase.

Pero cuando se inició la campaña que habían suscitado las persecuciones me escribieron: "que cuando me había dado la autorización de reproducir, creía que tenía un contrato con la Sociedad, y que me prohibía formalmente en lo sucesivo reproducir nada de él en tanto que no estuviera en regla con dicha Sociedad."

Le respondí que cuando me había autorizado, le agradecí su gentileza, y que había bastado que me escribieran que había cambiado de opinión para que me inclinase ante su prohibición, pero que su "prohibición formal" carecía de dignidad. Este no es el texto exacto porque no he conservado copia de mi respuesta, pero ese es el espíritu.

De Courtille me encuentro la siguiente carta: "Señor,

No tengo por qué asociarme ni por qué no asociarme a las persecuciones emprendidas contra usted por la Société des Gens de Lettres. Todo eso no me concierne. Convento de buena gana que los reglamentos de la Sociedad retrotrájanse a la libre disposición de nuestros copias son un poco formales, pero que usted que haga cuanto tanto menos cuanto que siénta un momento de humanidad no tenga voz en el espíritu. Me solicita la reproducción de "Pierrot". Le respondo que no soy dueño de concederle eso a favor: lo lamento muy sinceramente y le

aseguro mis mejores sentimientos confidenciales... Courteline?

Esta carta era respuesta a otra mia en que le prevenia que se nos perseguia en su nombre? Es posible.

Me conservado copia de una de las respuestas a Courteline que implica, ciertamente, otras correspondencias.

Ante todo, la primera vez que le escribi para pedirle la autorizacion para reproducir una de sus novelas del 51' Chasseurs, se ha guardado bien de advertirme al autorizarme, que constituia parte de la Societe des Gens de Lettres, y que los estatutos — que ignoro en este momento — de dicha Sociedad le prohibian concederla.

Cuando le escribi la segunda vez, despues de mis asuntos con la Sociedad, me adverti que formaba parte de ella pero que dejaba a mis riesgos y peligros la reproduccion.

Cuando al recibo de la citacion de la Sociedad, que obraba por una parte en su nombre, le pedi que me indicase en qué documento se habia apoyado para darme esta ultima respuesta, no me respondió. Le haria observar que su falta de franqueza se complica con una falta de cortesia.

Cuando acepté la guerra con la Sociedad de los literatos, sabia a qué me comprometia, no pido a nadie que venga a curarme, solo, que, al menos, quisiera que aquellos que me ayudaron más o menos, no dejen a dicha Sociedad valerse de su nombre para cometer sus pequeñas canalladas y se laven las manos tras los estatutos absurdos.

A esos, yo los obligaré a tomar actitud, sin embargo. Puesto que la Sociedad me persigue por haberles causado un perjuicio, les forzaré a que testimonien en el proceso y a que valoren esos daños. Será curioso! Qué dice usted? Habrá quizás allí materia para una historietita cómica, como las que usted sabe bilvanar tan bien?

Courteline se despachó con la contestación siguiente:

1.—La primera vez que Vd. me escribió para que le autorizara la reproducción de dos novelas del 51' Chasseurs, me guardé bien, como usted constata, de advertir que constituía parte de la Société des Gens de Lettres. ¿Quiere saber por qué? Por que no debía formar parte de ella sino seis meses más tarde. Vd. reprodujo las dos novelas y no sé si ha tenido inconvenientes al respecto.

2.—La segunda vez que le escribí, le advertí que formaba parte de la Sociedad y en lo sucesivo no podía nada en el asunto de nuevas autorizaciones y que le dejaba libre de pasar por alto la advertencia a sus riesgos y peligros. Eso hizo.

3.—Llegado a ese punto, formulaba claramente la advertencia de la imposibilidad de que cada uno de sus autores a reproducción gratuita, no estaba en mi el hacer más que lo que he hecho: informarle, como lo hago para toda demanda de reproducción que se me dirige, que uno de los estatutos de la Sociedad de literatos autoriza a todos los periódicos a reproducir obras ya aparecidas, sin que haya necesidad de la autorización del autor hasta la cantidad de 1.500 líneas.

No veo en todo eso dónde está la falta de franqueza. Si la Sociedad de literatos le persigue de una parte en mi nombre, me molesta, pero no puedo nada. En lugar de adoptar esa actitud contragente que han hecho lo que pudieron para serle gratas, haría mejor en seguir el consejo que le voy a dar, al que le permitirme. En su lugar, pues, he aquí lo que yo haría. Escribiría personalmente a cada uno de los seis o siete miembros en nombre de quienes le persigue la Sociedad y solicitaría que desistieran del proceso, a lo que ninguno de nosotros se negaría. Yo soy, si no me engaño, uno de los más grandes acreedores, y daría con gusto la factura como pagada. Descargado así de las nueve décimas partes de la deuda, pagaría a la Sociedad el diez por ciento que le es debido y que debe ascender a treinta o a cuarenta francos, después de lo cual el incidente sería terminado. Estimo que la proposición es prudente. Sométala, si le agrada, al juicio de Aljelbert y reciba la seguridad de mi consideración más distinguida.

En la Sociedad se agitada de firme. Nadar me hizo llegar un recorte del Bulletin de la Sociedad en que se decía que en una de las sesiones uno de los miembros había sido multado con 25 francos por haber "violado" — ¡qué sátiro! — los estatutos autorizando la publicación de sus obras a un periódico no abonado. En una sesión la discusión se había entablado sobre el caso de tres miembros acusados del mismo delito. Después de discusión, dos fueron puestos fuera de causa y el tercero debía ser invitado a retirar su autorización y a dar sus poderes para perseguir al periódico reproductor. Hector France me envió copia de la carta que había dirigido a Montagne por la cual rehusaba asociarse a las persecuciones y defensa nuestra causa. Fué condenado a 25 francos de multa. ¡Cielos me comunicó que había incurrido en el mismo castigo!

Bergerat, para tener el derecho de autorizarme, había escrito a Montagne que pagaría de su bolsillo. Mme. de Peyrebrune me escribió que, haciendo dado autorización para reproducir, entendía ser la única responsable

G. Courteline.

Que el incidente habría terminado satisfaciendo con la Sociedad, no tengo duda alguna. Esa era la mejor solución para la Sociedad. Sólo que Courteline olvidaba que el debate iba más allá del pago, y que se trataba de saber si un autor podía ser privado del derecho de disponer gratuitamente de su obra en favor de quien le placiese; por otra parte, Courteline me renovaba la seguridad de que existía una cláusula que autorizaba a reproducir, sin autorización del autor, hasta 1500 líneas, pero, a pesar de mi pedido, no me dijo dónde se encontraba oculta esa cláusula. Y si existía verdaderamente, ¿por qué se nos perseguía? ¿Por qué dejaba obrar en su nombre? pues nuestras reproducciones de los autores en cuyo nombre se nos perseguía no habían alcanzado jamás a la cifra de 1500 líneas.

No recuerdo si agradecí a Courteline su buena opinión, lo que es cierto es que no tuve un solo instante la intención de seguirla.

Igualmente había escrito a Maupassant — a quién, por no sé que circunstancias, había omitido pedir autorización, — para explicarle la situación del periódico y nuestro propósito. Sobre esto han desaparecido dos cartas. De las tres misivas furibundas que me envió Maupassant, no me queda más que ésta. Las otras eran del mismo tenor:

"G. M. 24, rue Boccardor. Señor,

El derecho que Vd. me solicita es sencillamente el de merodear en mi obra, y veo que ignora absolutamente lo que es hoy la propiedad literaria. Yo no tengo necesidad de reclame, me burlo de él. Los periódicos son comercios que deben pagar lo que venden. Le diré también que no siendo posible en París ninguna reproducción, aún con contrato con la Sociedad, sin el asentimiento del autor, yo no concedo nunca ese permiso sin condiciones especiales. Lo único que reprocho a la Sociedad es el no imponer a los periódicos condiciones bastante serias.

Ahora, quedemos en eso, estas historias me bastan y no tengo tiempo para ocuparme de estos detalles. Le saludo. Guy de Maupassant"

En mi primera carta me había contentado con exponer bien moderadamente la situación a Maupassant. Pero, después de su primera carta, me puse a tono con él. No he conservado copia de esas respuestas, pero recuerdo bien el sentido. Le decía que si era el derecho, — como él lo llamaba — de saquear en su obra el que le pedía. Que a pesar de todo su desdén hacia nuestro público, era bien dichoso de que existiesen gentes que produjesen para él todo lo que necesitaba, mientras estudiaba o escribía. Que el trabajo de esas gentes debía pasar por un número infinito de manos, no eran pagadas nunca más que una vez, mientras que él quería ser pagado indefinidamente por su trabajo. Que si no tenía otros paros, a quien peinar, me pagaría, ciertamente, el placer de reproducir algunas de sus obras, y que variamos lo que haría, si tendría o no el tipo de perseguir-me.

terecado vivamente. Veo que invita a los amigos a subscribirse, para la propaganda de su suplemento. No se dirá que no he aportado mi concurso. Adjunto sellos de correo (5 francos), y un extracto de un periódico que puede convenir a sus lectores. Complimentos confraternales. Aurelien Scholl"

Con Bonnetain cambiamos una correspondencia bastante numerosa. Al pedido de autorización que le había dirigido, envió la siguiente respuesta:

Supplément du Figaro, 26, rue Drouot, 25 de junio.

Mi querido colega, le doy de todo, o razón la autorización para publicar los extractos de mis libros que le convengan. La Révolte no debe ser rica y la Société des Gens de Lettres no prohíbe conceder reproducciones, pero esa tienda de fabricantes representa demasiado, peso la literatura para que tenga en cuenta sus estatutos!

Continúe, pues, enviándome su periódico

LA DOBLE JUSTICIA



y me decía que rehusara pagar en absoluto.

Paul Giniesty intervino ante Montagne afirmando que no se sentía de ningún modo lesionado, y le invitaba a cesar las persecuciones.

Aurelien Scholl, en una primera carta, me había autorizado a reproducir de él todo lo que quisiera diciendo que defendería la excepción.

Se interesaba en la lectura del periódico, porque, luego, me envió las cartas siguientes:

"París, 26 de marzo. Señor J. Grave,

Para evitar el carácter de reproducción, le envío adjunto una palabra que responderá a la reclamación posible de la Société des Gens de Lettres. Publicación gratuita a título de propaganda. Suscriba por cinco francos y algunos ejemplares. No se podrá reclamar el precio de una reproducción de la que pago la inserción!

Saludos confraternales. Aur. Scholl"

He aquí la carta que acompañaba y que insertaba en La Révolte: París, 26 de marzo, 1904.

Señor J. Grave. Le agradezco el envío de su periódico y del folleto de Kronotkia que me ha in-

dico y publique mi primera carta si le parece bien. Cordialidades. B. Bonnetain, 6, rue Balby.

¿Tiene usted el Bilateral de Rosny y su Marc Fane? Me gustaría saber lo que La Révolte piensa de esas dos novelas sobre el socialismo y la anarquía.

Usted encontrará en Autor de La Gomme, l'Opium, Le Nomad Percus y Amours Nomades, pasajes que no chocan con sus ideas. Adjunto una palabra para el editor de las cuatro primeras."

¿Cuál era la primera carta, a que Bonnetain hacía alusión en la transcrita? No me recuerdo. Todas sus cartas me están fechadas. Pero cuando recibí la demanda de la Sociedad pedí a Bonnetain la autorización de reproducir, está última autorización que me acordó, recomendándome no pasara la firma, como se verá por la carta siguiente: "La Figaro, 11 de agosto."

Mi querido colega, En presencia de la actitud miserable de Zola, estoy dispuesto, al contrario, a que cite mi nombre en la carta del año anterior.

Comprando que la Société des Gens de Lettres defienda nuestros intereses y rechace nuestros derechos, porque nosotros también somos pobres diábolos a menudo explotados por los editores y los periódicos, pero no puedo admitir que nos niegue el derecho a conceder gratuitamente

Fragmentos of text from the right edge of the page, including names like 'Tena in', 'Re luca', 'troc debi', 'de e priv', 'nes i en la', 'habri más', 'cripci', 'puert no a', 'cotid rable.', 'Per ra que', 'Le ra re', 'ro aqu', 'rias, ni', 'tiras. N', 'te más', 'autoriza', 'tro des', 'para dis', 'otra ma', 'tes que', 'ramente', 'intelect', 'For ta', 'combari', 'Harry A', 'que la S', 'demia, q', 'rarias de', 'mista e', 'mando ig', 'so, obten', 'sotros me', 'los cobra', 'nos trans', '¿Un me', 'tienen el', 'de caser', 'diablos, y', 'rcos a d', 'la segund', 'Eso se', 'Tenia in', 'tuades de', 'do a dar', 'la situac', 'Recibi c', 'blan send', 'Montagne', 'ta que me', 'ta que el', '99 e el 90', 'E', 'de C', 'en su país', 'pleno de', 'taje más', 'co. Estimo', 'creo con d', 'culo de per', 'Montagne r', 'pidió más', 'c', 'El señor J', 'me escribí', 'a la Socied', 'lo que le env', 'C. Gwercan,

la autorización a que se nos reproduce en las hojas populares que nos placen y que no son bastante ricas para tratar con la Sociedad, es decir para pagarnos. Si Zola no fuese... Zola, habría comprendido eso y habría arreglado las cosas amistosamente, entre *La Révolte* y el 47 de la Chaussée d'Antin: ¡pero se atiene a su vital! Ese poderoso cerebro cae en las últimas pequeñeces cuando se trata de ver algo: caballero de la legión de honor, académico, miembro del concejo municipal de Medan, presidente de la Sociedad de Literatos, etc... Con el menor gallo se amansa esa fiera, y el Brutus de *Mes Haines* se rebaja hasta lo indecible.

Respondáble pues, que la Sociedad, en lugar de perseguirle y de derrochar nuestros fondos en papel timbrado, habría debido ayudar a la viuda y a los hijos de ese pobre Lombard, y que él, Zola, privándose de comprar una friolera menor (o algunas frioleras, Dios del cielo!) en la venta de un Millaud cualquiera, se habría mostrado "Presidente" enviando más de... 50 francos a la misma suscripción!

Algunos hemos intentado forzar las puertas del comité para poner un término a esos abusos de los cuales el que le concierne a usted no es el más intoleable.

Pero esto no es, pienso, una razón para que le abandonemos. Le reitero mi autorización formal para reproducir gratuitamente mis libros en tanto que los recursos de su periódico no permitan pagar a la Sociedad lo que le es debido.

Esos derechos de reproducción, aunque estuviera ahí el diablo, son mi propiedad y yo puedo disponer de ellos; si la Sociedad hace uso de su derecho estricto y de mi firma bajo un documento (que no he leído) para protestar — *summun jus, summum injuria!* — le cerraré la boca pagándole el porcentaje que habría deducido de dichos derechos de reproducción. De ese modo, su caja no sufrirá a causa mía, y sus intereses, lo mismo que nuestra dignidad de escritores, se habrán puesto en salvo.

No comparto sus ideas, y lo sabe, pero aquí no se trata ni de escuelas literarias, ni de escuelas socialistas o políticas. No veo en presencia: de una parte más que su buena fe, basada en las autorizaciones formales, más que nuestro derecho, de nosotros, los creadores, para disponer de nuestra creación; y por otra más que la mezquindad de regentes que nos representan quizás financieramente, pero no moralmente, pero no intelectualmente.

Por tanto, no se deje estrangular sin combatir. A fuerza de gritar (asuntos Harry Allis y Descaves) hemos obtenido que la Sociedad no juegue más a la Academia, que no examine las teorías literarias de sus candidatos y se limite a su misión de sindicato industrial. Y clamando igualmente a propósito de su caso, obtendremos que esas gentes, por nosotros más o menos designadas para ser los cobradores de nuestros derechos, no nos transformen en comerciantes feroces.

Un médico, un abogado, un profesor tienen el derecho de cuidar, de defender, de enseñar gratuitamente a los pobres diablos, y nosotros no tendríamos el derecho a dar por nada a los desheredados la segunda moñada de nuestra obra? ¡Eso sería demasiado fuerte!

Confraternamente suyo

Paul Bonnetain

Tenia intención de no dar más que extractos de esta carta, y he sido arrastrado a darla entera, porque sintetiza toda la situación.

Recibí cartas de otras gentes que habían tenido también que partir peras con Montagne. Primeramente de un periodista que me escribió que, siendo hacia el 29 o el 30 director del *Republicain de l'Est*, de Commercy, había reproducido en su periódico una noticia tomada del suplemento de *La Révolte*, y recibió de Montagne una carta que le reclamaba 50 francos. Habiéndole respondido burla que se creía con derecho a reproducir un artículo de periódico, que no pagaría nada, Montagne rebajó sus pretensiones y no pidió más que 20 francos.

El señor Laurent Monier, por su parte, me escribió que en marzo del 88 escribió a la Sociedad de los Literatos para pedirle que le enviara *Dames de Chambles*, de C. Guereux, a fin de reproducirla en su

periódico *Le Republicain de la Haute-Loire*.

No recibió ninguna respuesta de la Sociedad, pero la viuda del novelista le envió el volumen, explicándole que era el último ejemplar que poseía y pidiéndole que se lo devolviera con cuatro o cinco ejemplares del periódico al fin de la publicación.

La publicación llegaba a su fin cuando llegó una carta del ilustre Montagne reclamando la suma de 1000 francos por reproducción ilícita, y eso en el plazo de tres días, bajo pena de persecuciones.

Protestas de Laurent-Monier que ofreció pagar la suma que en casos análogos se paga a las agencias que proporcionan folletones.

Respuesta de Montagne que se contentaría con la suma de 70 francos.

Esas exigencias para comenzar que llegaban a precios irrisorios al terminar, tocaban en la usura, y tenían algo también de chantaje.

Durante ese tiempo, ¿cómo iba el proceso?

Como se ha visto por una carta de Courteine, era Alibert el que había aceptado la presentación de nuestra defensa. Por sus cartas referentes a ese asunto, veo que hizo pedir una vez que se postergara la audiencia, por no estar dispuesto. Luego el asunto fue inscripto dos o tres veces en el turno, pero fue el abogado de la Sociedad el que pidió la postergación. Después el asunto desapareció y no oí hablar más de él.

Hablamos ganado nuestro proceso ante el público. La estrechez de espíritu que dirigía al comité de la Sociedad había sido ampliamente demostrada. Creo que a consecuencia de ello se introdujeron modificaciones, sino en los estatutos al menos en el modo de obrar.

Que Zola ha sido molestado por esa polémica, no cabe duda alguna. Trató de discernirse el mismo testimonios de satisfacción de su conducta en las entrevistas a que se sometía.

He dicho más arriba cómo en una entrevista con *L'Éclair*, Zola pretendía que su autorización no se extendía a *Germinal*, Philibert Audebrand, en el *Evènement*, habiendo creído necesario hacer la analogía de la Sociedad de Literatos, recibió de Zola el pequeño *satifect* siguiente:

Medan, 7 de agosto.

Señor Philibert Audebrand, Ha dado usted una bella y digna respuesta, querido colega, y era necesario que la Sociedad fuera defendida por uno de sus decanos que tiene la necesaria autoridad para hablar en nombre del pasado y del presente.

Gracias en mi nombre personal y en nombre de todos y considéreme su colega sincero y cordial.

Emile Zola.

Más tarde, en abril del 96, en un artículo del *Figaro* sobre la "propiedad literaria", Zola creyó deber volver sobre el asunto, citando a su modo el incidente de *La Révolte*.

Pero aquella no debía ser su última palabra. Debía pagar los vidrios rotos. La campaña dirigida contra él a propósito de la Société des Gens de Lettres, debía motivar una trampa en que se dejó coger y que dió el punto de partida para una nueva campaña.

Era en 1894: fui arrestado por la famosa "asociación de malhechores" y como apertivo, Balot me hizo "tomar" dos años de prisión, a causa de mi libro *La Sociedad moribunda y la anarquía*: algunos jóvenes literatos redactaron una protesta contra mi condena. Fue Layret, creo, el que se encargó de presentarla a Zola para que la firmase.

He aquí el informe de la entrevista que me encuentro en el *Eclair* del 1° de octubre de 1902, porque esa historia le fué recordada a Zola con motivo del asunto Dreyfus:

... "Un hombre había contribuido con su pluma más que nadie a propagar la semilla de la anarquía: era el creador de *Souvarine*, el autor de *Germinal*. Naturalmente, el señor Henry Layret, que recogía firmas, se presentó en su fastuoso hotel.

"El señor Emile Zola leyó el elocuente llamado a la clemencia gubernamental y rehusó firmar.

"El señor Layret tuvo con él la siguiente conversación que ha suscripto Zola:

"No quiero firmar la protesta que me trae, me es completamente imposible me declara el señor Zola.

"¿Por qué?

"Porque eso no me interesa a mí. No soy amigo de la violencia. He leído extractos del libro de Grave, la *Anarquía*, que han publicado los periódicos en el acta del proceso: se apela en ellos exclusivamente a la violencia, no apruebo de ningún modo eso. Yo no tengo que hacer propaganda de ideas que pruebo, siendo hombre de evolución y no de revolución.

"La defensa de la libertad de escribir es la que se encuentra en tela de juicio hoy.

"La libertad de escribir? yo lo niego. Nadie, por lo demás se ha servido de ese argumento para defender a Grave, ni su abogado...

"¿Perdón; ante todo los señores Mirbeau y Clemenceau en sus artículos y Mme. de Saint-Auban en su defensa.

"No la conozco.

"Mme. de Saint Auban ha dicho muy bien que el acusado no era un puñal, una bomba, sino un libro, una obra del espíritu y que con la aplicación de las leyes de diciembre el gobierno no pedía al jurado otra cosa que la persecución de la libertad de pensar.

"Eso es falso! Y por otra parte, Grave no es un escritor, uno de los nuestros, es un político, un militante. Que los políticos se las arreglen. Yo no hago política. Cuando uno se lanza en la lucha, debe esperar recibir golpes. Grave ha sido golpeado, y bien, en la guerra como en la guerra. ¿Qué quiere usted? Se ataca a la sociedad: ¡la sociedad se defiende, está en su derecho!"

Más tarde, en una interview, Zola añadía:

"No quería, al dar mi nombre, aparecer como aprobando tal declaración. El volumen de Jean Grave es una obra de propaganda, ha obrado como soldado que se bate por una causa, ha sido vencido, sufre las consecuencias de su derrota. Por otra parte, ¿quienes se ha ido a ver? Supongo que aquellos de quienes se ha citado los nombres tengan mucho talento. ¿Pero quiénes son? ¿Cuál es su situación? Si se exceptúa a Richépin y a Mirbeau, ¿no están todavía al margen, se podría decir?"

Cuando Zola tenía razón es al decir que al dar golpes yo debía también esperar recibirlos. Esa es mi opinión. Y yo pienso que es ridículo, cuando se trata de hechos, recriminar contra la condena que hiera a aquel que obra, como algunos de nuestro camaradas hacen.

Pero donde Zola se equivoca es al negar que mi condena por haber escrito *La Sociedad moribunda* interesaba a la libertad de pensamiento. "Yo no era escéptico", era una opinión, pero mi libro, sin embargo, era un libro; cualquiera que fuese la opinión de Zola sobre mí. Además olvidaba otra cosa: No era yo el que protestaba contra mi condena y el que demandaba un favor. En ese momento estaba en Mazas, en prevención para el proceso de los Treinta y no supe lo hecho sino más tarde. No eran tampoco correccionarios, sino escritores, los que protestaban contra un proceso de tendencias; y cualquiera que fuese el desdén de Zola hacia ellos, eran escritores de veras, y de ellos algunos vallan ciertamente tanto como él.

Más tarde el asunto Dreyfus nos acercó. Invitado a ir a verle, fui a su casa. Pero esto — como dice Kipling — "es otra historia" que no tiene nada que ver aquí.

JEAN GRAVE



BIBLIOGRAFIA

GARBINO (versos sin aula). — Alberto Arana. — Buenos Aires.

El compañero Alberto Arana ha publicado un tomo de versos sin aula, como el mismo los rotula, en los cuales ha condensado el dolor y la protesta que late en su alma ante los problemas sociales de nuestros tiempos.

Algunos de los episodios más sangrientos del proletariado regional han hecho brotar de su pluma notables impresiones que todo amante de la literatura revolucionaria leerá con gusto. Pero, no todo en este libro es episódico, como equivocadamente podría suponerse, sino que Arana alterna — esta su faz — amorfónica con otro latido de su alma, enmarcada y sentimental, que se transparenta en aquellas décimas a la novela cuando dice:

"En tu oír dentro de mí como el perfume en la flor."

En "Lágrimas sacras" canta nuestro camarada, la ruina del paria campero que azotado por el destino no tiene otra alternativa que esperar la ocasión primera para ofrendar:

"el desprecio de mi vida por la gloria de la muerte."

Ayes de dolor, lágrimas de tristeza y gritos de indignación, como su mismo autor dice en el prólogo, constituyen la médula de estos poemas que vienen a sumarse dignamente al acervo común de nuestros cantos rebeldes.

SED — O. Delgado Fito. — Talleres Gráficos Porter Hnos. — Bs. Aires.

Forman este libro, de Delgado Fito, una serie de bellos poemas muchos de ellos rimados con entera perfección. Cantos de angustia, de duda y hasta de escepticismo moribundo se mezclan en sus versos, arbitrarios en la forma, pero de intensa emoción. Y es que su autor, en este caso, se desborda por encima del cañón, del hermetismo cerrado en cuyo centro gira la mayor parte de la producción poética de nuestros días. Por esto nos dice Fito en su canto sobre la forma:

"Yo no busco dar forma a mis versos; mi alma los desfila gota a gota, sin esfuerzo, cuando se siente plena de emoción y de [casualidad]."

En sus "Impresiones y paisajes de Castilla", Delgado Fito nos da a veces la sensación de un gran poeta descriptivo: Oídle en la segunda estrofa de su esquisma sobre la ciudad castellana:

"Una plazaleta; una fuente seca, sentada en un banco, una vieja..."

Fito es un poeta que, por momentos, canta cuando el acibar de su escepticismo aterrador no entenebrece su cerebro. Aquel canto "¡Oh mañana!" es horriblemente trágico y no sabemos por qué razón su autor lo ha incluido en el libro. La sed y las ansias de infinito mal pueden compararse con la ausencia de fe en el porvenir.

Si nos fuera dable dar consejos diríamos a Delgado Fito: que por su bien, hubiera de esas enrredadas peligrosas en las cuales la falta de fe anula al hombre para todo acto creador. Por más que agudicemos el concepto siempre llegaremos a la conclusión de que el hombre tiene necesidad de creer en algo donde poder apoyar la ética de su espíritu. ¿No sería así Delgado Fito?

FAGULHAS — Souza Passos — São Paulo (Brasil).

El camarada Souza Passos (Felipp Gil) ha publicado, en idioma portugués un pequeño volumen en el cual sintetiza al margen de los problemas religiosos, morales y artísticos más en boga, canta sobre ellos una serie de juicios de carac-

ter libertario sumamente acertados y de grande interés. Y así hablando de la realidad dice: "La única verdad que hay en la historia sagrada es la de ser una mentira." Sobre la moral de nuestra sociedad dice Costa: "La moral más consistente en practicar actos inmorales, esto es, contrarios a la moral burguesa..." Y después de manifestar sus opiniones sobre las diversas tendencias del arte dice a propósito lo siguiente: "El futurismo es la locura en el arte. La poesía futurista me da la impresión de una histérica atacada de crisis..."

Con algunos breves conceptos sobre los escritores libertarios del Brasil, y de algunos afamados intelectuales de Europa y América, se cierran las páginas de este libro esencialmente instructivo, ameno e interesante.

ORITON

Las primeras organizaciones obreras en Italia

Uno de los pocos documentos de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Italia es el manifiesto de la sección de Nápoles dirigido a los obreros italianos, a fines de 1888. He aquí su texto:

"Nos hemos reunido en número de 1200 obreros napolitanos para formar la sección napolitana de la Asociación Internacional de los trabajadores.

Hermanos de las otras provincias de Italia, venid a aumentar nuestras filas. Unámonos, con el pacto de la Internacional, a nuestros hermanos del mundo entero.

Todos los que viven del trabajo productivo son obreros. Tenemos, pues, la misma historia y el mismo destino. Hemos sufrido los mismos padecimientos seculares desde la antigua esclavitud hasta el proletariado de nuestros días y experimentamos hoy la misma necesidad de exigir aquella justicia que la humana sociedad no nos ha querido reconocer nunca. Mientras permanezcamos divididos o mal asociados no podremos vencer.

La Asociación Internacional, con un mismo pacto, bajo un mismo interés, nos hace fuertes y nos asegura la victoria.

Ella sola es capaz de mejorar nuestras condiciones económicas y morales — ella sola puede emanciparnos definitivamente de la prepotencia de las clases privilegiadas, haciendo desaparecer la desigualdad que divide a los hombres en ociosos y trabajadores, en privilegiados y proletarios, en ricos y desdichados, en vencedores y en víctimas. Las revoluciones precedentes, destruyendo en la sociedad las distinciones entre libres y esclavos, entre patrones y siervos, prepararon el terreno a nuestro porvenir. Está, pues, en nosotros el cultivarlo con nuestra solidaridad y el hacernos dignos de sus frutos con la concordia.

Conforme a su fin, la Asociación Internacional está fundada sobre el principio de la libre federación. Se compone de todas las asociaciones obreras y no existe las que existían antes bajo formas particulares, a menos que no se adhieran moralmente a su programa y no consientan en cooperar a su desenvolvimiento. Estas diferentes asociaciones o grupos de una misma nación, forman juntas la llamada asociación nacional.

Toda sección nacional puede y debe hacerse representar por un delegado al consejo general, el cual comunica, pero no impone sus deliberaciones a las secciones. En su seno mismo, que la identidad de los intereses del proletariado de todos los países produce la acción simultánea y gradual de la familia, entra de la Internacional, a pesar de su amplitud y de su extensión.

Obreros italianos, hermanos nuestros, no tardéis pues; esperamos con ardiente impaciencia vuestras adhesiones. ¿Permaneceréis o no con nosotros? No lo creemos (1).

(1) Véase el manifiesto de la Internacional, sus orígenes, sus actos, sus caracteres, sus orgánismos, sus métodos de acción, etc. Roma, 1888.

Los comunistas de la primera Internacional y los de hoy

La historia se repite. A cincuenta años de distancia, en la Internacional obrera se tiene que constatar ya las mismas disensiones a causa del autoritarismo comunista. En 1872 la Unione Sindacale Italiana, en el congreso de Roma ponía en la picota a la Internacional sindical de Moscú, hija del partido comunista, a propósito del sometimiento de las organizaciones obreras al partido de la dictadura bolchevista. Este congreso, en efecto, recordó que la U. S. I. ha desplegado constantemente su actividad para la reorganización de todos los trabajadores inspirándose en los principios de la primera Internacional: ha constatado que eso no ha sido posible por el carácter exclusivamente de partido dado primero a la Internacional comunista y por tanto a la Internacional de los sindicatos rojos; proclamando los principios y los métodos del sindicalismo revolucionario "anticentralista y propugnador de la absoluta autonomía de los sindicatos", reclamaba que el congreso de la Internacional se celebrase en la Europa occidental y que el ejecutivo residiese fuera de Rusia. En la misma orden del día, el congreso de la U. S. I. sostenía la autonomía y la independencia sindical frente a los partidos, la "limitación de la actividad y de la dirección de la Internacional" a los problemas de carácter internacional, no queriendo permitir la ingerencia del ejecutivo de Moscú en las cuestiones y actividades sindicales de los varios países y con criterios autoritarios y de partido, del partido comunista.

Y bien, ¿qué sucedía hace cincuenta años en Italia?

Dejemos la palabra a Andrea Costa, que escribe así en la *Favilla* de Mantua el 5 de agosto de 1872:

"Ayer se reunieron en la sala del Fascio Operario de Rimini los representantes de las secciones internacionales italianas para echar las bases constitutivas de nuestra Federación nacional; fué elegido presidente de las sesiones el ciudadano Carlo Caffero, miembro de la Federación napolitana; vice-presidente Ludovico Nabruzzi, miembro de la sección de Ravena; secretario Andrea Costa, miembro del Fascio de Bolonia y de Imola; vicesecretaria Tito Zanardelli, miembro de la Federación napolitana. Las discusiones resultaron animadísimas, comprendidas por esta primera afirmación nacional solemne de la verdad, de la justicia y de la moral.

Las deliberaciones tomadas hasta el momento son importantísimas y tales como para dar una organización positiva a la Internacional italiana y hacer que ésta venza los obstáculos que le oponen los burgueses y pueda extenderse y triunfar.

Es importantísima entre todas las mociones ésta, con la cual el congreso,

"Considerando: que la conferencia de Londres (septiembre de 1871) ha intentado imponer, con su novena deliberación a toda la sociedad internacional de los trabajadores una doctrina especial autoritaria, que es propiamente la del partido comunista alemán, etc.

declara solemnemente a todos los trabajadores del mundo que desde este momento la Federación italiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores rompe toda solidaridad con el Consejo General de Londres, afirmando sin embargo la solidaridad con todos los trabajadores y propone a todas las secciones que no participan de los principios autoritarios del Consejo el envío de sus representantes a Neuchâtel de Suiza para abrir el 2 de septiembre de 1872 un Congreso general".

La moción fué atacada por F. Engels contra el cual Andrea Costa polemizó vivamente tratándolo de dictador. ¿Por qué? En lugar de celebrar el congreso anual ordinario, los dirigentes de la Internacional convocaron en Londres el Consejo General que adoptó un nuevo programa, con el cual se proclamó la conquista del poder político como primer deber de la clase obrera y la necesidad para esta clase de constituirse en partido político, adoptando así los principios de la dictadura y los métodos representados por los comunistas de entonces y que llevaron directamente a la escisión en el

campo obrero internacional, lo mismo que cincuenta años después, cuando se consideraba posible cerrar el vergonzoso paréntesis de la segunda Internacional socialdemócrata que significaba la descendencia política del viejo comunismo autoritario.

A. G.

Kurt G. Wilckens

Número extraordinario

En conmemoración de la fecha memorable del 16 de Junio aparecerá un número extraordinario de EL SUPLEMENTO, con el siguiente sumario:

De las matanzas de la Patagonia a la muerte del teniente coronel Varela.

Kurt Wilckens, por D. A. de Santillán.

El asesinato de Wilckens y la protesta del proletariado regional.

Ecos internacionales de solidaridad.

Cartas inéditas de Wilckens.

Artículos de Maz Nettiaw y otros camaradas.

Grabados alusivos.

A los agentes y paqueteros les advertimos que deben desde ya hacernos los pedidos a fin de poder regularizar el tiraje.

El sentimiento revolucionario

Nosotros hemos discutido mucho, entre los nuestros, y con los diferentes matices del partido socialista revolucionario. Hoy sería bueno comprobar quién es realmente revolucionario y qué sentimiento es más propio para ser revolucionario. Nosotros somos, en efecto, ingenuos al creer que los sentimientos primarios y que todos nuestros actos no derivan exclusivamente del "modo de producción". La mejor prueba de ello es que una misma situación económica no produce los mismos reflejos en todos los individuos que la sufren.

Pueden tener las más diversas opiniones económicas, religiosas, políticas o, muy a menudo, carecer en absoluto de opiniones y permanecer en la más completa apatía.

Ahora bien, puesto que algunos usan y abusan de la palabra "conscientes", queremos creer que entienden por esto, precisamente, los que se mantienen en rebelión constante contra el mundo actual y no los que son rebeldes por un instante bajo la influencia de la pasión.

Pensamos que dada la manera particular en que está concebido el problema social hace al individuo revolucionario o no. Y a través de todas las diatribas, todas las polémicas, particularmente entre socialistas y anarquistas, no nos parece difícil discernir dos concepciones opuestas que crean y mantienen las divisiones y las hacen, estamos tentado de decir, incurables.

Los anarquistas piensan: la sociedad capitalista tocará pronto a su fin si solamente nos rehusamos a apoyarla. Dado que, día por día, hemos de luchar contra su explotación y su opresión, sería absurdo concebir un programa de liberación gradual. Debemos, por el contrario, preparar y provocar una insurrección capaz de darnos una solución de común acuerdo.

Así, nuestras características propias son la convicción de que es posible un cambio en un tiempo más o menos corto, la absoluta falta de confianza en las instituciones actuales y en su transformación progresiva, la fe en la acción directa y en la capacidad de la masa.

Los socialistas piensan: La sociedad capitalista, a pesar de todo, dispone aún de grandes recursos que le aseguran una larga existencia; es menester, pues, por el momento, introducirse lo más posible en sus instituciones a fin de utilizarla lo mejor posible o, por lo menos, limitar su acción nefasta. Además, de esta manera nos educamos para gobernar y administrar, pues nuestros elementos están hoy sin preparación e inaptos.

Con este estado de alma, llamémosle así, se puede ser todo lo que se quiera: menes revolucionario.

El socialismo a largo plazo cesa de preocupar realmente los espíritus y deja lugar, a todo un esfuerzo de penetración, de adaptación, de colaboración que presupone la duración del régimen actual.

Notemos que ya, en la vida privada, son pocos los que obran, aún en vista de días futuros, como si el porvenir debiese diferir esencialmente del presente. Los niños son educados sobre todo de manera que puedan seguir su ruta en un mundo semejante al que tenemos ante los ojos. De toda una práctica diaria y, por decirlo así, de conformismo ¿cómo esperar una transformación?

La contradicción es particularmente irritante en hojas socialistas que después de haber afirmado con desdén la la impotencia de la burguesía para dar una solución, renuncian implícitamente a poner en acción la solución socialista, para discutir gravemente de las reformas que se han de pedir al capital y al Estado.

El mayor mal en todo esto es que, como nos lo enseña una reciente y dolorosa experiencia, en el momento de los grandes acontecimientos, o de crisis de régimen, la masa no está preparada para volver en provecho propio la conmoción general que de ésta resulta. La propaganda socialista, por permanecer estrictamente legalitaria, ha huido siempre de toda consideración sobre los posibles tiempos extraordinarios, para considerar solamente lo que puede hacerse en tiempos ordinarios.

Esto es precisamente abandonar por anticipado la masa al destino terrible que patrones y gobernantes le prepararon. Pues, para colmo de ironía, el socialismo, aún el más reformista, enseña que la guerra es un producto fatal del capitalismo, pero se contenta con achacar la responsabilidad al capitalismo mismo, sin especificar qué responsabilidad propia entiende asumir él.

A través de tan flagrantes contradicciones no podía menos que llegarse al estado actual de confusión de ideas, de desaliento y de apatía.

¿Qué fé, qué deseo de obrar pueden quedar a los trabajadores a quienes se les dice: Nada hay que esperar del mundo burgués, pero tú, cualquiera que seas, no estás preparado para darnos un mundo nuevo?

Por respeto a la verdad, es menester confesar que hay sedicentes anarquistas que hacen el mismo razonamiento. Antes de la guerra, llegaron hasta a publicar opúsculos titulados: "Por qué la Revolución es imposible".

Lo que hace falta es dar a la masa el sentimiento revolucionario, haciendo vivir a sus ojos la revolución en todas sus posibilidades, todos sus medios, todas sus contingencias. Es menester que cada trabajador tenga una clara visión de lo que podrá y del papel que representará, pues la acción será tanto más eficaz y definitiva si todos participan en ella y no para esperar órdenes o constituir poderes sino para crear directamente realidades nuevas en armonía con un principio nuevo de bienestar y de libertad para todos.

LUIS BERTONI

ERICO MALATESTA
LA VIDA DE UN ANARQUISTA
EDITORIAL LA PROTESTA

Un tomo en 2.ª edición... \$ 1.20
Edición especial, papel pino... 2.00
Encuadernado en tela... 3.50
Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —
PERÚ 1557 — Buenos Aires —